

Pensar el movimiento estudiantil

Edwin Cruz Rodríguez¹
Universidad Nacional de Colombia

Recibido: 15 de febrero de 2016 - Revisado: 13 de abril de 2016 - Aceptado: 23 de junio de 2016.

Resumen

Este trabajo examina tres hipótesis recurrentes en la literatura sobre el movimiento estudiantil en Colombia, identifica sus limitaciones y sugiere alternativas basadas en las teorías de los movimientos sociales. La primera hipótesis explica el origen de las movilizaciones como reacciones ante la gravedad de las situaciones que enfrentan los sectores universitarios o como subproducto del cambio estructural; se omite el papel de los sujetos en ese proceso. La segunda, plantea una dicotomía entre lo social y lo político para explicar las dinámicas del movimiento, con lo que reduce la comprensión de un fenómeno más complejo. La tercera explica el fracaso de las movilizaciones estudiantiles a causa de las divisiones internas producto de la politización del estudiantado y el aislamiento de la sociedad, perdiendo así de vista otras variables para explicar el triunfo y el fracaso de los movimientos sociales.

Palabras clave: movimiento estudiantil, Colombia, hipótesis, teorías de los movimientos sociales.

Puede citar el presente artículo así: Cruz, E. (2016). Pensar el movimiento estudiantil. *Revista Ciencias Humanas*, 13, 65-80.

Thinking the student movement

Abstract

This paper examines three recurrent hypothesis in the literature on the student movement in Colombia. It aims to identify limitations and suggest alternatives based on social movements

1. Candidato a doctor en estudios políticos de la Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: ecruz@unal.edu.co

theories. The first hypothesis explains the origin of the mobilizations as reactions to the gravity of the situations faced by university or as a byproduct of structural change sectors, but omits the role of the subjects in this process. The second poses a dichotomy between the social and the political to explain the dynamics of movement, but reduces the understanding of a complex phenomenon. The third hypothesis explains the failure of the student mobilizations by internal divisions result of the politicization of students and isolation from society, losing sight of other variables to explain the success and failure of social movements.

Keywords: student movement, Colombia, hypotheses, social movements theory.

Introducción

Desde sus orígenes, alrededor de los años 1920, el movimiento estudiantil universitario no ha sido ajeno al estudio por parte de las ciencias sociales en Colombia (Ruiz, 2002), aunque en el país no se presentaron movilizaciones de alto impacto, como las que motivaron la reforma de Córdoba en 1918 o las que tuvieron lugar en México en 1968 (Marsiske, 2005). Hoy se dispone de un amplio corpus de estudios sobre los movimientos estudiantiles en Colombia; sin embargo, en la literatura especializada tiende a primar la reconstrucción de ciertas coyunturas en las que se presentaron ciclos de protesta sobre la explicación de sus dinámicas.

Como sugieren Acevedo y Samacá (2011), en su balance historiográfico, la mayoría de los trabajos se ha concentrado en documentar los hitos del movimiento estudiantil, 1929, 1954, 1957, 1964, 1968 y 1971, y ha descuidado su articulación con procesos de larga duración como la modernización y la construcción de Estado y nación. Incluso, en forma reciente parece haber un énfasis en la última coyuntura (Hernández, 2007; Cote, 2009; Acevedo y González, 2011a; Villamil, 2010; Pardo y Urrego, 2003; Acevedo y Samacá, 2013). Otra tendencia importante en la historiografía sobre el movimiento estudiantil es hacia la documentación de casos regionales, entre los que se destacan los de la Universidad Industrial de Santander

(UIS) (Vargas, 1996; Acevedo y Gómez, 2000; Acevedo, 2004; Acevedo y González, 2011b), la Universidad del Valle (Ordóñez, 2007), la de Antioquia (Uribe, 1998), la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) (Jiménez, 2001) y la Universidad Libre (V.V.AA, 2001).

Así pues, hacen falta reflexiones sociológicas que expliquen las dinámicas del movimiento estudiantil sin limitarse a su descripción, y particularmente, que dialoguen con las categorías propias del campo de estudios sobre los movimientos sociales. Sin embargo, la historiografía especializada ha ido configurando un lenguaje propio para el estudio del movimiento estudiantil, muy cercano al lenguaje con el que los protagonistas han comprendido sus experiencias, y un conjunto de hipótesis que tratan de explicar el auge de los ciclos de protesta, los orígenes sociales del estudiantado y las condiciones estructurales en las que tienen lugar, entre otros.

Este trabajo examina tres hipótesis recurrentes en la literatura especializada con el fin de exponer sus limitaciones y demostrar las ventajas de las categorías y enfoques teóricos del campo de estudio sobre los movimientos sociales. Así, no se trata de un estado de la cuestión o una revisión historiográfica, sino de una crítica teórica de hipótesis reiteradas en este campo de estudio. La primera hipótesis explica el origen de las movilizaciones como

reacciones ante la gravedad de las situaciones que enfrentan los sectores universitarios o como subproducto del cambio estructural; se omite el papel de los sujetos en ese proceso. La segunda, plantea una dicotomía entre lo social y lo político para explicar las dinámicas del movimiento, con lo que reduce la comprensión de un fenómeno más complejo. La tercera hipótesis explica el fracaso de las movilizaciones estudiantiles por las divisiones internas producto de la politización del estudiantado y el aislamiento de la sociedad, perdiendo así de vista que uno de los elementos que explica la movilización es precisamente la politización.

El origen de las movilizaciones

La mayoría de los trabajos sobre el movimiento estudiantil no explican los factores que desencadenan una movilización o un ciclo de protestas universitarias. Podría decirse que predomina un supuesto no explicitado, que dilucida el origen de las protestas en función de la gravedad de la situación que enfrentan y una hipótesis que ubica los factores determinantes de las movilizaciones en el cambio de las estructuras.

El supuesto no explicitado, presente en prácticamente la totalidad de los trabajos disponibles, está basado en la creencia de que es la gravedad de la situación –ya se trate de la represión del movimiento estudiantil o del carácter negativo de las reformas y políticas universitarias– lo que origina las movilizaciones. Es un esquema cercano al conductismo de estímulo-respuesta. Así por ejemplo, habría sido el carácter altamente represivo del gobierno de Gustavo Rojas Pinilla, expresado en la masacre del 9 de junio de 1954, lo que originó las protestas universitarias en las que el estudiantado se erigió como uno de los principales actores de contestación y reivindicación del tránsito a la democracia (Ruiz, 2002). De la misma manera, el ciclo de protestas de 1971 se

explicaría por una política universitaria claramente contraria a la autonomía universitaria y a la financiación pública de la educación superior (Lucio y Serrano, 1992; Puyana y Serrano, 2000; Echeverri, 2012).

Las teorías de la acción colectiva y los movimientos sociales han demostrado una y otra vez que las condiciones que enfrentan las personas no son condiciones suficientes, y en muchos casos tampoco necesarias, para que se orienten a cooperar y movilizarse en función de alguna causa. Existen dos enfoques muy disímiles que han cuestionado con vehemencia este supuesto, la teoría de la elección racional y las teorías de la frustración-agresión.

El punto de partida de la teoría de la elección racional en el análisis de la acción colectiva (Olson, 1992) es, precisamente, que a pesar de que los grupos enfrenten situaciones similares, tengan un mismo estatus, origen social o de clase, no es natural que se movilicen en función de sus intereses comunes, aun cuando estos existan. De hecho, este enfoque adopta el individualismo metodológico y se cuestiona qué pasaría si todos los individuos que conforman un grupo u organización que distribuye bienes públicos fuesen racionales. La respuesta no deja de ser sorprendente: si todos los individuos hicieran un cálculo de los costos y beneficios que les implica participar en una acción colectiva, terminarían por no participar, con lo que la acción sería imposible. Todos tenderían a comportarse como *free riders* o "gorriones" y dejarían que los otros miembros del grupo acarrearán los costos de la acción colectiva, porque saben que al final también se beneficiarán si esta consigue su cometido. No obstante, la acción colectiva tiene lugar, existen sindicatos, gremios, gobiernos, lo que implica que en su origen operan otros elementos, además de la racionalidad individual. En efecto, los grupos y organizaciones inciden en el cálculo de costo y beneficio al distribuir

incentivos selectivos, premios o castigos, para resolver el problema de los gorriones. Por consiguiente, más que una situación particular, para que la acción colectiva se produzca son necesarios esos incentivos.

Quizás el enfoque que más ha hecho énfasis en las dificultades explicativas del supuesto mencionado es el de las teorías de la frustración-agresión (Gurr, 1970). Para explicar los desencadenantes de la acción colectiva, esta perspectiva enfatiza en el concepto de "frustración relativa", una percepción que se origina al comparar el nivel de estatus y reconocimiento social al que los individuos creen tener derecho y aquel que en realidad tienen. Se trata de una comparación diacrónica, con anteriores situaciones por las que han pasado; o sincrónica, con otros grupos sociales. En cualquier caso, no es la gravedad de la situación que un grupo enfrenta lo que lo conduce a la acción colectiva, puesto que un colectivo puede experimentar una frustración relativa aunque tenga una satisfacción razonable de sus necesidades y expectativas. Así por ejemplo, la hipótesis ascenso-caída, una de las que conforman este enfoque, predice que la frustración relativa se produce cuando se da un aumento sostenido en las expectativas de mejoramiento que no pueden ser satisfechas por el sistema social porque ha entrado en una dinámica de descenso en sus niveles de desarrollo.

Por otro lado, la hipótesis a la que hacemos referencia, elaborada sobre todo para explicar el auge de la protesta universitaria en los años sesenta y setenta, tiende a explicar el origen del movimiento estudiantil por el cambio estructural, descuidando así los problemas de la agencia y la formación de sujetos y subjetividades. Esta perspectiva fue desarrollada en forma temprana por el trabajo de Leal (1984). En su perspectiva, el proceso de modernización que experimentó la sociedad colombiana en

aquellas décadas generó una serie de procesos que terminarían por causar las movilizaciones universitarias. Por una parte, los procesos de industrialización y urbanización produjeron la emergencia de sectores medios en las ciudades que, entre otras cosas, pudieron acceder a la educación universitaria. Sin embargo –por la otra– estos sectores, el estudiantado entre ellos, no encontraron los canales institucionales necesarios para tramitar sus demandas políticas, debido al cierre político que supuso el acuerdo bipartidista del Frente Nacional. En consecuencia, el estudiantado tuvo que expresarse por otras vías, como la de la protesta social, y pasaría por un proceso de radicalización de la mano de la nueva izquierda por entonces en auge. Esta hipótesis ha sido recogida una y otra vez por los especialistas (Lucio y Serrano, 1992; Puyana y Serrano, 2000; Ruiz, 2002; Acevedo y Samacá, 2011).

Las primeras reflexiones sociológicas sobre los movimientos sociales, como las del funcionalismo, adoptaban un punto de vista estructuralista para explicar el origen de las movilizaciones sociales. Smelser (1995), por ejemplo, suponía que los "movimientos colectivos" se producían por desarreglos en las normas o valores del sistema social que generaban situaciones no estructuradas o no regladas, anomia. Cuando las normas o valores del sistema no habían sido internalizados en el comportamiento colectivo, podían producirse "tensiones estructurales", las cuales ponían en funcionamiento los componentes y determinantes de la acción social para producir los movimientos sociales. Estos últimos tenían como función restituir los elementos averiados del sistema social sobre la base de normas o valores modificados. Así pues, en esta perspectiva la acción colectiva es fundamentalmente reactiva, pues los movimientos se originan por fallos en el sistema social. En consecuencia, no se toman en cuenta los sujetos ni su capacidad de agencia.

Algo similar ocurre con la hipótesis estructuralista para explicar el origen de las movilizaciones estudiantiles, puesto que relega en el razonamiento los procesos de construcción de sujetos y subjetividades, organizaciones y discursos políticos necesarios para dar sentido a la acción colectiva. En la teoría de los movimientos sociales, hubo en principio enfoques que reivindicaron el papel del sujeto, en forma contraria a la hipótesis estructuralista, como determinante en el origen de la acción colectiva, como fue la corriente de los nuevos movimientos sociales (Touraine, 1987; Melucci, 1999). Sin embargo, el enfoque dominante en la actualidad, el de los procesos políticos, trata de sintetizar las preocupaciones por los condicionantes estructurales sin descuidar la agencia subjetiva, mediante el estudio diacrónico de la acción colectiva por medio de tres categorías: las estructuras de oportunidad política (EOP), las estructuras de movilización y los marcos de acción colectiva (McAdam, McCarthy y Zald, 1999).

El concepto de EOP designa aquellos elementos del contexto político que pueden contribuir a que la acción colectiva se produzca; o, por el contrario, la desincentivan. Por ejemplo, el nivel de apertura del sistema político, el grado de estabilidad de las coaliciones, la disposición de aliados influyentes para los manifestantes y la capacidad represiva del Estado (McAdam, 1999). Si bien estos elementos son concebidos como "estructurales" en la medida en que su disposición y cambio no forman parte de las decisiones de los actores que emprenden la acción colectiva; en realidad, el concepto apunta a una dialéctica entre estructura y agencia. Esto puede apreciarse en el hecho de que las oportunidades políticas no existen objetivamente, al margen de procesos cognitivos que llevan a cabo quienes participan en un movimiento social para interpretar su realidad. Por tal razón, Tarrow (1999), define las oportunidades políticas como "señales continuas

—aunque no necesariamente permanentes, formales o a nivel nacional— percibidas por los agentes sociales o políticos que les animan o desaniman a utilizar los recursos con lo que cuentan para crear movimientos sociales" (p. 89). En el mismo sentido, para Gamson y Meyer (1989),

[...] cuando no se reconoce la oportunidad es como si no existiera. La oportunidad política implica la percepción de una posibilidad de cambio, es decir, tiene un componente que es, básicamente, un "constructo" social. Los elementos más estables de la oportunidad política delimitan el ámbito en el que toda una serie de actores luchan por definir las oportunidades (p. 389).

Esa dimensión cognitiva de la oportunidad política puede ser mejor captada con otra de las categorías del enfoque del proceso político: los marcos de acción colectiva, "esquemas interpretativos" contruidos por los participantes en un movimiento de manera estratégica con el fin de darle un sentido a su causa y articular más actores (Snow y Benford, 1992). Son significados compartidos que dan forma a la acción colectiva (Tarrow, 1997). La construcción de estos marcos es un proceso interactivo y conflictivo en el que los participantes en el movimiento social conciben el problema que suscita su acción, puesto que puede haber distintas interpretaciones de un problema, dan forma a su identidad, a la de sus antagonistas y definen sus propuestas (Rivas, 1998). Por todo esto, los marcos resaltan el papel de la agencia en el origen de la acción colectiva, si bien no omiten el hecho de que la acción se produce en un contexto de constricciones lógicas, físicas y sociales, aunque también de oportunidades.

En fin, las estructuras de movilización son aquellas redes de relaciones sociales que sustentan la acción colectiva. Se trata tanto de organizaciones formales —entre las cuales desempeñan un papel principal las organizaciones del movimiento social, concebidas como aquellas que tienen por fin promover la

movilización— como de formas asociativas y relaciones sociales informales: la familia, los grupos de amigos o de compañeros de trabajo, etc., que aunque no tienen por fin la movilización pueden vincularse a ella (McCarthy, 1999: 206). En fin, las estructuras de movilización son los canales formales e informales a través de los cuales los individuos pueden vincularse a la acción colectiva (McAdam, Mc-Carthy y Zald, 1999).

Así pues, la teoría de los procesos políticos puede ser de utilidad para explicar la emergencia de las movilizaciones estudiantiles en distintos momentos de la historia colombiana, puesto que no reduce su explicación a los determinantes estructurales, sino que los concibe como constricciones que interactúan con los procesos cognitivos y organizativos de quienes participan en un movimiento social, para producir la acción colectiva. Por consiguiente, puede vincular en el análisis los cambios estructurales con las dinámicas organizativas y culturales de los sujetos que participan en el movimiento estudiantil. En cualquier caso, el diálogo con las teorías de los movimientos sociales puede ser provechoso, en general, para el estudio del movimiento estudiantil; y en particular, para cuestionar el supuesto de que las protestas se producen ante situaciones perjudiciales para los estudiantes o simplemente como subproducto de transformaciones estructurales.

La dicotomía entre lo gremial y lo político

En buena parte de los estudios sobre el movimiento estudiantil se ha asumido la distinción entre lo gremial y lo político, propia del argot de la militancia desde los años sesenta, como tamiz para analizar la interacción entre el movimiento y el ámbito convencionalmente concebido como político. Tal bifurcación se

revela como instrumento poco pertinente para captar las fluidas dinámicas de la política en que interviene el movimiento estudiantil.

Esta dicotomía entre lo gremial y lo político, o entre lo político y lo social, está arraigada en los marcos cognitivos del movimiento estudiantil debido a la influencia que en él han tenido los discursos y teorías de izquierda, pero principalmente el leninismo. En efecto, en la defensa del partido de vanguardia que hizo en *¿Qué hacer?*, Lenin (1974) sostuvo que la lucha política del proletariado tendría que ir más allá de la lucha sindical o gremial. En su perspectiva, los sindicatos se conformaban con una lucha en contra de sus patrones en la fábrica por demandas sobre sus salarios y sus condiciones laborales, sin llegar a ubicar sus demandas en el espacio de lo político; es decir, del antagonismo entre los intereses de clase. De ahí su insistencia en que no era suficiente con organizaciones sindicales para llevar a cabo la lucha del proletariado, sino que se necesitaba de una organización de revolucionarios profesionales capaz de enfrentar a la clase dominante del régimen autocrático zarista.

De esa manera, se supone que existe un *locus* de lo político en una sociedad determinada y que, en consecuencia, no todas las luchas son políticas, aunque, como en el caso de las luchas sindicales, cuestionen la dominación, la opresión o las relaciones de poder desiguales. En la misma tradición marxista hubo críticos de esta perspectiva como Rosa Luxemburgo (1969), quien en su debate de principios de siglo XX con Lenin afirmó, entre otras cosas, que las luchas de los obreros también eran luchas políticas, puesto que la conciencia de clase, que se concebía como un elemento necesario para desarrollar el proceso revolucionario, no era un conjunto de conocimientos que la vanguardia del partido transmitía a los obreros como pensaba Lenin, sino que se producía por

la experiencia del antagonismo y, por consiguiente, era consustancial a la participación en la lucha. Sin embargo, en la militancia de izquierda asociada al movimiento estudiantil, parece haber predominado la distinción entre lo político y lo gremial o social propia del enfoque leninista.

La atribución de una identidad gremial o política al movimiento estudiantil está presente sobre todo en los estudios sobre las movilizaciones de los años sesenta y de 1971. Así por ejemplo, Lucio y Serrano (1992) afirman que desde 1965 hubo una división en el interior del movimiento estudiantil entre una "tesis gremial" y una "tesis política". De acuerdo con estos autores, el auge de la segunda habría empezado con la influencia del sacerdote Camilo Torres Restrepo desde 1965, y se inclinaba por orientar las luchas estudiantiles hacia la revolución, el antiimperialismo y la construcción del socialismo. En contraste, la tesis gremial concentraba sus demandas en la ampliación de la participación del estudiantado en el gobierno universitario, el mejoramiento de los sistemas de bienestar y el rechazo a la tecnocratización de la universidad. Esta interpretación también ha sido retomada una y otra vez por distintos estudios, muchas veces para criticar lo que se considera la primacía de lo político sobre lo gremial, en la medida en que la influencia de las organizaciones políticas de izquierda ha terminado por dividir al movimiento estudiantil en varias oportunidades (Ruiz, 2002; Uribe, 1998; Puyana y Serrano, 2000; Pardo y Urrego, 2003; Cote, 2009; Villamil, 2010).

No es difícil ver en esta dicotomía entre lo gremial y lo político, una suerte de traducción al lenguaje académico de lo que los militantes del movimiento estudiantil concibieron en ciertos momentos como las luchas "reformistas" y las luchas "revolucionarias". De esa manera, se supone que las organizaciones estudiantiles de los años sesenta, la Unión Nacional de Es-

tudiantes Universitarios (Unec), vigente entre 1957 y 1963, y la Federación Universitaria Nacional (FUN), que operó entre 1963 y 1966, habrían sido estructuras unitarias de tipo gremial y que una vez la segunda es declarada ilegal por el gobierno de Lleras Restrepo (en octubre de 1966), predominarían organizaciones políticas en el movimiento estudiantil. Puesto que nunca más se volvió a constituir una organización gremial, ni siquiera con la más reciente experiencia de la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (2011), predominarían en el movimiento estudiantil secciones juveniles de partidos políticos como la Juventud Patriótica del MOIR o la Juventud Comunista del PCC en los años setenta. Incluso en la actualidad se reproduciría esa lógica, evitando con ello la autonomía del movimiento estudiantil para definir por sí mismo sus objetivos sin subordinarse a los de las organizaciones políticas que lo conforman. Esta interpretación tiene, por lo menos, tres problemas.

Primero, reduce lo político a un espacio de confrontación por el modelo de sociedad, relegando de esta manera a un espacio secundario lo que se considera "gremial" o "no político", a pesar de que todas las luchas del movimiento estudiantil, y más en general de los movimientos sociales, cuestionan relaciones de poder desiguales. De esa manera, reduce la política de los movimientos sociales a una determinada forma y alcance de sus demandas y de los destinatarios de sus reivindicaciones. Una lucha social puede tener distintos grados de "politización"; por ejemplo, no podrían situarse al mismo nivel una huelga que no traspase los límites de una empresa y un paro cívico, cuyas demandas están dirigidas al gobierno municipal o nacional. Por esa razón, no resulta pertinente para el análisis limitar *a priori* esos distintos grados de politización a la división entre lo gremial y lo político.

Segundo, su pertinencia para el análisis del movimiento estudiantil es cuestionable, pues parece confundir el movimiento estudiantil con las organizaciones de estudiantes. Esta es una confusión recurrente en el campo de estudio de los movimientos sociales (Nèveau, 1999; Godàs, 2007). McCarthy (1999), se ha encargado de aclarar este aspecto al diferenciar las organizaciones del movimiento social, a saber, aquellas que identifican sus fines con los fines del movimiento y se dedican a promover la movilización, de otras organizaciones y formas de asociación que participan de un movimiento social, como pueden ser los partidos, las ONG y los grupos de interés, entre otras formas de sociabilidad y asociación con fines diversos. Por consiguiente, aunque las organizaciones del movimiento estudiantil sean secciones de partidos políticos, el movimiento estudiantil no se reduce a ellas y en toda acción colectiva de magnitud importante que desarrolle es previsible la participación de otro tipo de organizaciones con fines distintos a los de promover la movilización, como pueden ser partidos aliados, ONG u organizaciones de otros movimientos sociales. Por lo tanto, atribuirles el carácter de "político" o de "gremial" es poco funcional para el análisis.

Tercero, la dicotomía entre lo político y lo gremial impide comprender la complejidad del desarrollo del movimiento estudiantil en diversas coyunturas. Por ejemplo, esta separación está muy presente en los estudios sobre el movimiento estudiantil de 1971, particularmente en la hipótesis previamente comentada según la cual habría una "tesis política" que correspondería a las tendencias ideológicas y organizativas radicales del maoísmo y del trotskismo, como Testimonio, la Tendencia Socialista o los Comandos Camilistas; frente a la "tesis gremial", que por sus reivindicaciones parece asociarse a la Jupa y a la Juco, organizaciones que en aquella coyuntura defendieron el cogobierno y la reforma de la universidad.

En realidad, el panorama es más complejo y difícilmente se puede reducir a esa dicotomía; por el contrario, es posible identificar, cuando menos, tres designios estratégicos.

Es cierto que el programa mínimo generó una discusión entre dos interpretaciones de la lucha universitaria. De una parte, la Jupa lo respaldaba en la medida en que la lucha universitaria era una plataforma para llevar a cabo luchas antiimperialistas de mayor calado. De otra, la Izquierda Revolucionaria Independiente (IRI), la Tendencia Socialista, la Unión Camilista, la Unión Revolucionaria Socialista y corrientes radicales del maoísmo, consideraban la lucha universitaria como reformista y pequeño burguesa y apostaban, en primer lugar, por transformar el Estado por vía de la revolución. La Juco, por su parte, rechazaba el debate por considerarlo "extremo-izquierdista" (Ruiz, 1998; Uribe, 1998; Acevedo y González, 2011a). Sin embargo, esta disputa entre interpretaciones no puede reducirse a la dicotomía entre lo gremial y lo político.

La Juco tenía una visión gremialista del movimiento estudiantil, según la cual su lucha era "económica" en términos leninistas y no propiamente "política", toda vez que no se basaba en el antagonismo de clases, y por tal razón se inclinaba por conseguir la autonomía universitaria y el cogobierno como un paso hacia la revolución. Las otras dos grandes corrientes, el maoísmo y el trotskismo, asumían designios estratégicos distintos.

Algunos sectores del maoísmo y el trotskismo más radicales, denigraban de la lucha universitaria por la autonomía y el cogobierno, puesto que pensaban que estas no podrían desempeñar un papel relevante en el proceso revolucionario dada la naturaleza burguesa de la institución universitaria, y creían que tales cambios solo podrían realizarse luego de una revolución que tomase el poder estatal. De lo contrario, la universidad sería funcional al

mantenimiento y la reproducción del capitalismo y la dominación de clase. Así lo sostenía la Tendencia Socialista en uno de los documentos que puso a circular en esa coyuntura:

Retomando nuestra tesis inicial sobre la universidad, diremos nuevamente que es imposible modificar sustancialmente su naturaleza de clase. En cuanto aparato ideológico del Estado, al servicio de la división social y técnico-social del trabajo, una revolución en Colombia tiene que plantearse en su estrategia su inevitable destrucción en el mismo sentido en que es válido para todo el aparato del Estado. Esto no descarta la posibilidad de dar luchas que la golpeen y denuncien incluso antes de la toma del poder político, pero sin creer que se pretende de esta manera llevar a cabo una transformación paulatina o un anticipo de las tareas de la revolución (VV. AA, 1971, pp. 183-184).

Generalmente, las dos posiciones anteriores se han interpretado bajo la separación entre lo gremial y lo político. Sin embargo, la Jupa, una tendencia muy particular del maoísmo, tendía a coincidir con ciertas posturas gremialistas de la Juco, pero se distanciaba de esta porque no basaba su interpretación del problema en términos de la distinción entre luchas gremiales o económicas y políticas. Su posición era política, aunque estratégicamente veía en la lucha universitaria un campo importante para la revolución (Le Bot, 1979). Por esa razón, también coincidía con las corrientes más radicales en el diagnóstico del problema universitario, pues también para la Jupa el problema de la universidad autónoma y democrática no se resolvería sin hacer previamente la revolución; pero también veía la lucha universitaria como un peldaño necesario para coadyuvar a la formación de una cultura revolucionaria. Así lo sostenía en uno de sus documentos:

Esto significa para la universidad que la esencia del problema (cambio de su naturaleza de clase) no radica en la composición numérica de la dictadura reaccionaria de clase (los Consejos Superiores Universitarios), sino en la existencia o destrucción del instrumento fundamental de la dominación de clase: el Estado. Por tanto, sólo

una revolución social, de Nueva Democracia, puede cambiar la naturaleza de clase de la universidad colombiana sobre las ruinas del antiguo aparato estatal dominante; sólo entonces se dará la condición fundamental –la construcción de un estado democrático bajo la dirección del proletariado que la política de clase al mando en la universidad colombiana sea la política del proletariado revolucionario–. La lucha por la formación de un organismo que sustituya a los Consejos Superiores Universitarios en la forma contemplada en el programa mínimo sirve a una política revolucionaria de dos maneras: Primero, para esclarecer el dominio de clase reaccionario, antinacional y pro imperialista que soporta la universidad colombiana; segundo, para conquistar una reforma democrática, producto de las masas estudiantiles que combata las formas más aberrantes de la dictadura de clase en la universidad, que combata la agresión cultural del imperialismo yanqui. Por el contrario la consigna de la lucha contra una supuesta "autocracia" elimina el contenido de clase de la opresión ejercida por los consejos superiores universitarios (VV. AA, 1971, pp. 96-97).

En suma, la dicotomía entre lo gremial y lo político es poco eficaz para explicar ciertas dinámicas del movimiento estudiantil, en particular las relaciones e intercambios con organizaciones y actores del ámbito convencional de lo político. La interacción entre distintos ámbitos de la política también ha sido estudiada en el campo de los movimientos sociales por el enfoque de la contienda política. McAdam, Tarrow y Tilly (2005) conciben la contienda política como

[...] la interacción episódica, pública y colectiva entre los reivindicadores y sus objetos cuando: a. al menos un gobierno es uno de los reivindicadores, y b. las reivindicaciones, caso de ser satisfechas, afectarían a los intereses de al menos uno de los reivindicadores (p. 5).

Este concepto tiene la pretensión de cuestionar los límites analíticos entre la política institucionalizada (contienda contenida) y no institucionalizada (contienda transgresiva), pues los actores y formas de participación de una y otra se traslapan en coyunturas de contienda política. De esta forma podría estudiarse mejor

la fluidez de los ámbitos políticos en los que opera el movimiento estudiantil sin reducir la complejidad de sus dinámicas.

Las condiciones de éxito y fracaso de la protesta estudiantil

Determinar el éxito o fracaso de un ciclo de protestas en forma independiente de las representaciones que sobre él tengan sus protagonistas, no es una tarea fácil. Sin embargo, en la literatura sobre el movimiento estudiantil se ha diagnosticado el fracaso de varias movilizaciones, para cuya explicación se han formulado dos razonamientos. Primero y relacionado con la dicotomía entre lo gremial y lo político, el fracaso se explicaría por la excesiva politización del movimiento estudiantil, principalmente porque produce disputas internas que terminan por minar su capacidad de movilización. Segundo, por su aislamiento de la sociedad, en especial en relación con aquellas coyunturas en las cuales el movimiento estudiantil estuvo más influido por los discursos de izquierda.

La primera hipótesis parece asumir un horizonte normativo para el movimiento estudiantil: a ojos de algunos analistas, el movimiento debería ser "gremial" y no político. Por esa razón, tanto las experiencias organizativas de los años sesenta como la pérdida del cogobierno a principios de 1972, se han explicado por las divisiones internas que mantienen organizaciones demasiado politizadas, bien sea porque sus apuestas estratégicas no son convergentes o bien porque los intereses de los partidos a los que están afiliadas intervienen y evitan que los estudiantes definan por sí mismos sus intereses.

En esta perspectiva, la FUN no solo habría llegado a su fin al ser declarada ilegal por el gobierno de Carlos Lleras Restrepo (1966-

1970) cuando él y el magnate John Rockefeller fueron retenidos en el campus de la Universidad Nacional el 26 de octubre de 1966 (Puyana y Serrano, 2000). También se explicaría por la disputa entre las distintas corrientes del movimiento estudiantil influidas por sus organizaciones políticas, en particular la disputa entre las provenientes de la nueva izquierda, que denigraban de la estrategia de frente popular adoptada por el Partido Comunista, cuya organización juvenil, la Juco, tenía bastante poder en la organización estudiantil. Así, "[...] la politización de la organización estudiantil por cuanto muchas de sus participaciones tuvieron un claro propósito político, fue un elemento determinante en la desarticulación del movimiento como organización gremial" (Ruiz, 2002, p. 190).

De la misma manera, el cogobierno que se consiguió por cerca de cuatro meses en la Universidad Nacional y en la Universidad de Antioquia a fines de 1971, se habría perdido porque las disputas internas en el movimiento estudiantil terminaron por desactivar su capacidad de movilización (Le Bot, 1979; Pardo y Urrego, 2003; Acevedo y González, 2011a). El símbolo de ese fracaso sería la quema del automóvil del ministro de educación de la época, Luis Carlos Galán, el 25 de noviembre de ese año, cuando se disponía a instalar el Consejo Provisional Universitario en la Universidad Nacional, puesto que se puso de presente que las corrientes radicales del movimiento no vieron con buenos ojos el triunfo de la Jupa en las elecciones para proveer los representantes estudiantiles en dicha instancia. Como sostiene Castro:

Las causas de este declive no son difíciles de entender, si se tiene en cuenta que en el seno del movimiento luchaban diferentes tendencias ideológicas por imponer su influencia sobre el estudiantado colombiano: comunistas (a través de la Juco), trotskistas, maoístas, "camilistas" (admiradores de Camilo Torres), nacionalistas (por lo general sectores de la derecha) y anar-

quistas. Podríamos decir que fue precisamente esta feroz pugna ideológica la que impidió que el movimiento estudiantil tuviera una estructura unificada y se proyectara como un generador de opinión pública durante la década de los setentas (Castro, s.f. p. 49).

Esta proposición tiene, como se ha visto, un sustento en los hechos, pues efectivamente hubo numerosas disputas internas en el movimiento estudiantil, tanto en los sesenta y setenta como en períodos más recientes. Sin embargo, también presenta por lo menos tres problemas.

Para empezar, el supuesto normativo implícito sobre el que se sustenta, a saber, que una organización gremial e independiente de estudiantes sería más eficaz para promover protestas y conseguir sus demandas, es problemático porque descuida otras variables; además de las disputas internas, que también pueden incidir en el triunfo o fracaso de un movimiento social, como el grado de organización, la eficacia de los marcos de acción colectiva o la habilidad de los manifestantes para identificar y aprovechar las oportunidades políticas (McAdam, 1999).

En segundo lugar, esa hipótesis parece privilegiar lo homogéneo y uniforme como condiciones de éxito, frente a lo diverso y conflictivo, que estarían detrás del fracaso. Hay cierta predisposición a creer que porque los movimientos son diversos, terminan por dividirse, disgregarse o debilitarse como consecuencia del "sectarismo" (Beltrán, 2002). En realidad, todo movimiento social, fracase o no, es tanto un actor colectivo como un espacio de intensas disputas políticas, por el liderazgo interno, la definición de las identidades, tácticas y estrategias, entre otras cosas (Nèveau, 1999). Por consiguiente, las diferencias internas difícilmente pueden proclamarse como causas suficientes de su fracaso.

Pero quizás, lo más importante radica en que esta interpretación omite el hecho de que las

movilizaciones estudiantiles se han producido en momentos de fuerte politización del estudiantado. Para no ir más lejos, el ciclo de protestas en 1971 no habría sido posible sin el grado de politización que por entonces experimentaron los universitarios, quienes padecieron una radicalización de la mano de la nueva izquierda (Pécaut, 1989). Por consiguiente, podría afirmarse que la politización desempeña un papel clave a la hora de explicar el porqué de las protestas estudiantiles. Como sostiene Cote (2009), "[...] el surgimiento y evolución del movimiento estudiantil está íntimamente ligado a la política partidista de una época determinada" (p. 415). Y esto es así porque las organizaciones políticas con seccionales juveniles y estudiantiles proveen recursos infraestructurales, discursivos y organizativos, que hacen posible la acción colectiva. Además, la filiación política de los estudiantes es, hasta cierto punto, necesaria para que exista un movimiento estudiantil, puesto que, como ha demostrado Meyer (2008), el mundo estudiantil es transitorio y tarde o temprano se deja de desempeñar el papel de estudiante, por lo que la continuidad del movimiento está ligada a la formación de organizaciones y líderes estudiantiles especializados en la acción política que, finalmente, permiten que el movimiento se mantenga más allá de las movilizaciones.

La otra hipótesis, según la cual el fracaso de las movilizaciones estudiantiles se debió al aislamiento del movimiento estudiantil en relación con la sociedad, puede ser incluso menos pertinente. Para Beltrán (2002), "[...] esta atomización política de las izquierdas en el seno de la universidad incidió en que no se lograra concretar una propuesta política que trascendiera la vida universitaria para hacer parte de un debate nacional" (p. 161). Le Bot (1979), afirma por su parte, que el movimiento estudiantil fue incapaz de salir del *ghetto* y proyectarse hacia la sociedad. En fin, según Archila (2012), el proceso de radicalización

"no solo afectó a las organizaciones gremiales estudiantiles y, por momentos, fragmentó sus luchas, sino que aisló el mundo universitario de la sociedad que pretendía cambiar" (pp. 83-84).

Si se toma nuevamente como ejemplo la movilización de 1971, en la cual con más nitidez es posible identificar tanto la radicalización como las disputas entre las organizaciones del movimiento estudiantil, puede concluirse que la hipótesis del aislamiento no tiene asidero en los hechos. Hay evidencia de que el movimiento encontró diversos aliados (distintas comunidades educativas, las universidades privadas, el profesorado y los estudiantes de secundaria) que además de dotarlo de recursos organizativos y discursivos, le permitieron hacerle frente a la represión. El sexto punto del programa mínimo era la apertura de programas de sociología y trabajo social en la Javeriana, lo que muestra la importancia que se les dio a las universidades privadas (Cote, 2009). A su turno, los profesores se sumaron al rechazo del plan básico y de la reforma del ministro Galán (Lucio y Serrano, 1992). Los estudiantes de secundaria también se articularon, en distintas ciudades, a la protesta universitaria, como el Liceo Nacional Marco Fidel Suárez, el Instituto Tecnológico Pascual Bravo y el Liceo de la Universidad de Antioquia, en Medellín (Villamil, 2010) y el Colegio Santander en Bucaramanga (Acevedo, 2004).

Pero no sólo el sector educativo se articuló a la movilización. El movimiento estudiantil consiguió la simpatía de varios sectores de la sociedad, a saber, obreros, sectores de clase media y campesinos, entre quienes había un creciente disgusto por el mal manejo de la crisis política y social por parte del gobierno Pastrana, en especial con la represión mediante la figura del Estado de Sitio (Acevedo y González, 2011a). El descontento con el Frente Nacional se expresó en 1971 con va-

rias procesos de movilización, como paro de maestros, tomas masivas de tierras impulsadas por la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) en varias regiones del país y convocatorias de paro de las centrales obreras (Cote, 2009; Pécaut, 1989). El 21 de mayo de ese año, antes del V Encuentro Estudiantil, se constituyó el Frente Democrático en Defensa de la Universidad, con la participación de la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC), la Asociación Distrital de Educadores (ADE), la Federación Sindical de Trabajadores de Bogotá y Cundinamarca, el Partido Comunista Colombiano (PCC) el Partido Socialista Colombiano (PSC), la Alianza Nacional Popular (Anapo), el Frente Popular, el MOIR, y expresiones del gaitanismo y el camilismo que apoyaban las demandas del movimiento (Cote, 2009). En distintas oportunidades, la Iglesia se pronunció sobre la crisis. Por ejemplo, el 6 de marzo denunció la desigualdad en la distribución de los ingresos como causante del subdesarrollo y la dependencia y propuso la aceleración de la reforma agraria y la democratización de la industria (Pécaut, 1989). A fines de julio, la Conferencia Episcopal emitió un comunicado en el que anunciaba el retiro de los representantes de la Iglesia de los CSU de universidades estatales, reconociendo así el papel protagónico que los jóvenes tendrían en el cambio social (Pardo y Urrego, 2003). Así mismo, el movimiento estudiantil contó con el apoyo explícito de congresistas opositores del Frente Nacional. Cuando el dirigente de la Juventud Patriótica, Marcelo Torres, fue condenado a seis meses de cárcel, senadores de la oposición citaron el 20 de octubre, al Procurador General a informar sobre lo sucedido (Pardo y Urrego, 2003). De acuerdo con Pécaut (1989), "[...] la opinión pública, con frecuencia hostil a los estudiantes, les es más bien favorable desde cuando su movimiento empieza a aparecer como respuesta al cierre de la universidad" (p. 100).

Las dos hipótesis examinadas han adoptado concepciones no explicitadas de triunfo y fracaso o bien han tomado las evaluaciones de los propios actores del movimiento estudiantil como sus indicadores. Una tarea necesaria, entonces, es la de precisar qué se entiende por triunfo y fracaso. A este respecto y echando mano de algunas discusiones de la teoría de los movimientos sociales, es posible proponer dos conceptos analíticos que permiten diferenciar dos fenómenos que generalmente se han confundido.

El triunfo de una movilización estudiantil debería concebirse como el grado en que consigue los objetivos que se ha trazado. Dado que generalmente estos objetivos se expresan en un pliego de peticiones, es posible mensurar hasta qué punto se resuelven sus demandas. Así por ejemplo, en 2011 las movilizaciones de la Mesa Amplia Nacional Estudiantil, a partir del 5 de octubre demandaron el retiro del proyecto de ley propuesto por el Gobierno para reformar la Ley 30 de 1992 que regula el sistema de educación superior. Después de grandes movilizaciones, el gobierno decidió retirar su proyecto del trámite en el Congreso el 9 de noviembre. Por consiguiente, podría decirse que hubo un triunfo del movimiento en relación con ese objetivo (Cruz, 2012).

Pero las movilizaciones no siempre tienen consecuencias observables ni mensurables en el corto plazo. Por ello, un concepto diferente al triunfo puede ser el de impacto, pertinente para examinar el legado de un movimiento en el mediano y largo plazos, e incluso aquellas consecuencias no visibles en el corto plazo. Por ejemplo, Escobar *et al.* (2001) han sostenido que todo movimiento social tiene una "política cultural" que disputa y transforma los significados, de democracia, ciudadanía, igualdad y libertad propios de la cultura política dominante. Así, mientras el triunfo de un movimiento puede examinarse con las herramientas

analíticas de la teoría del proceso político (McAdam, McCarthy y Zald, 1999) puesto que explica la manera como consigue sus objetivos expresados en modificaciones legales, políticas públicas, actos administrativos, etc., no hay que perder de vista que los movimientos tienen un impacto sobre las relaciones sociales que va más allá de si triunfan o fracasan, impacto que puede expresarse a mediano y largo plazo en la transformación de dichas relaciones.

Corolario

El campo de estudio sobre el movimiento estudiantil en Colombia ha logrado importantes avances en cuanto al acopio de datos y la reconstrucción de sus movilizaciones; no obstante, se echan de menos explicaciones sociológicas de sus dinámicas. Este trabajo ha examinado tres hipótesis recurrentes en la literatura especializada con el fin de mostrar sus limitaciones analíticas y sugerir alternativas provenientes de las teorías sobre los movimientos sociales.

Así, frente a las hipótesis más aceptadas sobre el origen de las movilizaciones estudiantiles, que lo explican como una reacción frente a la situación universitaria o como consecuencia de cambios estructurales, es posible encontrar alternativas que vinculen las dimensiones estructurales con las subjetivas de la acción colectiva, en teorías de los movimientos sociales como la del proceso político.

En el mismo sentido, la teoría de la contienda política puede ser una alternativa para comprender las fluidas relaciones que el movimiento estudiantil establece en distintos grados, con el ámbito de lo político, una vez que se revelan las limitaciones de la dicotomía entre lo gremial y lo político que ha primado en el estudio de este fenómeno.

También se requieren conceptualizaciones sobre el éxito y el fracaso de las movilizaciones,

que integren distintas variables en el análisis y no únicamente las fragmentaciones internas, hasta cierto punto normales en todo movimiento social. La distinción entre el triunfo y el impacto de los movimientos sociales puede ser una alternativa en este caso.

En fin, existe un vacío notorio de reflexión teórica en los estudios sobre el movimiento estudiantil. Por consiguiente, el conocimiento acumulado hasta el momento podría enriquecerse si entra en diálogo con las teorías de los movimientos sociales, para formular explicaciones que oxigenen las perspectivas con que ha sido analizado.

Bibliografía

- ACEVEDO, Á y SAMACÁ, G. (2011) "Revolución y cultura en América Latina: el movimiento estudiantil como objeto de estudio en la historiografía colombiana y continental". En: *Memoria y sociedad*, 15(31), pp. 104-119.
- ACEVEDO, Á. y GONZÁLEZ, D. (2011a) "Movilización y protesta estudiantil en Colombia (1971). Una lectura desde la organización gremial por el cogobierno universitario y la memoria de protagonistas y testigos". En: *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 16, pp. 221-242.
- ACEVEDO, Á y GONZÁLEZ, D. (2011b) "Protesta y movilización estudiantil, 1964. Memoria de una marcha en la Universidad Industrial de Santander". En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 38(2), pp. 255-276.
- ACEVEDO, Á. (2004). *Modernización, conflicto y violencia en la universidad en Colombia. Audesa (1953-1984)*. Bucaramanga: UIS.
- ACEVEDO, Á. y GÓMEZ, F. (2000). "Conflicto y violencia en la universidad en Colombia. El proyecto modernizador y el movimiento estudiantil universitario en Santander, 1953-1980". En: *Reflexión política*, 2(4).
- ACEVEDO, Á. y SAMACÁ, G. (2013). "Juventudes universitarias de izquierda en Colombia en 1971: un acercamiento a sus discursos ideológicos". En: *Historia Caribe*, VIII (22), pp. 195-229.
- ARCHILA, M. (2012). "El movimiento estudiantil en Colombia. Una mirada histórica". En: *OSAL*, 31, pp. 71-103.
- BELTRÁN, W. (2002), "Del dogmatismo católico al dogmatismo de izquierda. El ambiente político en la Universidad Nacional en los años sesenta y setena". En: *Revista Colombiana de Sociología*, VII (2), pp. 155-178.
- CASTRO, S. (s.f.) El movimiento Cataluña. Disponible en: <http://www.goethe.de/ges/pro/ori68/es3051198.htm>
- COTE, J. (2009). "El movimiento estudiantil de 1971", en W. AA. *Una historia inconclusa. Izquierdas políticas y sociales en Colombia*. Bogotá: Cinep.
- CRUZ, E. (2012). "La Mane y el paro nacional universitario de 2011 en Colombia". En: *Ciencia Política*, 14, pp. 140-193.
- ESCOBAR, A. ÁLVAREZ, S. y DAGNINO, E. (2001). "Introducción. Lo cultural y lo político en los movimientos sociales latinoamericanos". En: A. Escobar, S. Álvarez y E. Dagnino (Eds.), *Política cultural y cultura política. Una mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. Bogotá: Taurus-ICANH.
- ECHVERRI, A. (2012). Libertad religiosa y educación en Colombia: Ni intocables ni míticas. En: *Revista Guillermo de Ockham*, 10(1), 123-134.
- GAMSON, W. y MEYER, D. (1999). "Marcos interpretativos de la oportunidad política". En: McAdam Doug, McCarthy John D. y Zald Mayer N. (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estruc-*

- turas de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid: Itsmo.
- GODÁS, X. (2007). *Política del disenso. Sociología de los movimientos sociales*. Barcelona: Icaria.
- GURR, T. (1979). *Why the Men Rebel?* Princeton: Princeton University Press.
- HERNÁNDEZ, I. (2007). "El programa mínimo de los estudiantes colombianos. Movimiento estudiantil universitario de 1971 por la universidad. Todo un país". En: *Revista Historia de la educación colombiana*, 10, 2007, pp. 29-57.
- JIMÉNEZ, A. (2001). "Consolidación, auge y crisis del Movimiento estudiantil en la Universidad Pedagógica Nacional: 1957-1974". En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 28, 55-86.
- LE BOT, Y. (1979). *Educación e ideología en Colombia*. Medellín: La Carreta.
- LEAL, F. (1984). "La participación política de la juventud universitaria como expresión de clase". En: Cárdenas, M. y Díaz, A. (eds.), *Juventud y política en Colombia*. Bogotá: Fescol-Instituto SER, pp. 155-203.
- LENIN, V (1974). *¿Qué hacer?* Pekín: Ediciones en lenguas extranjeras.
- LUCIO R. y SERRANO M. (1992). *La educación superior. Tendencias y políticas estatales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- LUXEMBURGO, R. (1969). "Problemas de organización de la socialdemocracia rusa". En: VV AA. *Teoría marxista del partido político 2*. Buenos Aires: Pasado y Presente.
- MARSISKE, R. (2005). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*. México: Plaza y Valdés.
- MCADAM, D. (1999). "Orígenes terminológicos, problemas actuales, futuras líneas de investigación". En: McAdam, D., McCarthy, J. y Zald, M. (ed.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid: Itsmo.
- MCADAM, D., MCCARTHY, J. y ZALD, M. (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid: Itsmo.
- MCADAM, D., TARROW, S. y TILLY, Ch. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Hacer.
- MCCARTHY, D. (1999). "Adoptar, adaptar e inventar límites y oportunidades". En: McAdam, D., McCarthy, J. y Zald, M. (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid, Itsmo, pp. 205-220.
- MELUCCI, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.
- MEYER, J. (2008). "El movimiento estudiantil en América Latina". En: *Sociológica*, 23, pp. 179-195.
- NÈVEAU, E. (2000). *Sociología de los movimientos sociales*, Quito, Abya Yala.
- OLSON, M. (1992). "La lógica de la acción colectiva". En: Batlle Albert (ed.). *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona: Ariel, pp. 203-220.
- ORDÓÑEZ, L. (2007). *Universidad del Valle 60 años 1945-2005. Atando cabos en clave de memoria*. Cali: Univalle.
- PARDO, M. y Urrego, M. (2003). "El movimiento estudiantil de 1971 en Colombia". Ponencia presentada por los autores en el Primer Congreso Internacional sobre Historia de las Universidades de América y Europa, realizado del 10 al 12 de julio de 2003 en la Universi-

- dad de Córdoba, Argentina. Igualmente, en el 51° Congreso Internacional de Americanistas, realizado entre el 14 y el 18 de julio de 2003 en Santiago de Chile.
- PÉCAUT, D. (1989). *Crónica de dos décadas de política colombiana*. Bogotá: Siglo XXI.
- PUYANA, A. y SERRANO, M. (2000). *Reforma o inercia en la universidad latinoamericana*. Bogotá: IEPRI-TM.
- RIVAS, A. (1998). "El análisis de los marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales". En: Ibarra, P. y Tejerina, B. (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta, pp. 181-215.
- RUIZ, M. (2002). *Sueños y realidades. Procesos de organización estudiantil 1954-1966*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- SMELSER, N. (1995). *Teoría del comportamiento colectivo*. México: FCE.
- SNOW, D. y BENFORD, R. (1992). "Master frames and cycles of protest", En: Morris Aldon D. y McClury Mueller Carol, *Frontiers in social movement theory*. New Haven: and London: Yale University Press, pp. 133-155.
- TARROW, S. (1999). "Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales". En: McAdam Doug, McCarthy John D. y Zald Mayer N. (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Madrid, Itsmo, pp. 71-99.
- TARROW, S. (1997). *El poder En: movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- TOURAINÉ, A. 1987. *El Regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba.
- URIBE, M. (coord.) (1998). *Universidad de Antioquia: historia y presencia*. Medellín: UdeA
- VARGAS, L. (1996). *Expresiones políticas del movimiento estudiantil AUDESA, 1960-1980*. Bucaramanga: UIS.
- VILLAMIL, E. (2010). "Rompiendo esquemas: discusiones, consignas y tropes del estudiantado universitario En: Colombia En: 1971", *Controversia*, 194, pp. 233- 263.
- VV. AA. (1971). *Crisis universitaria colombiana 1971. Itinerario y documentos*. Medellín: Ediciones El Tigre de Papel.
- VV. AA. (2001). *Historia del movimiento estudiantil de la Universidad Libre*. Bogotá: Universidad Libre.